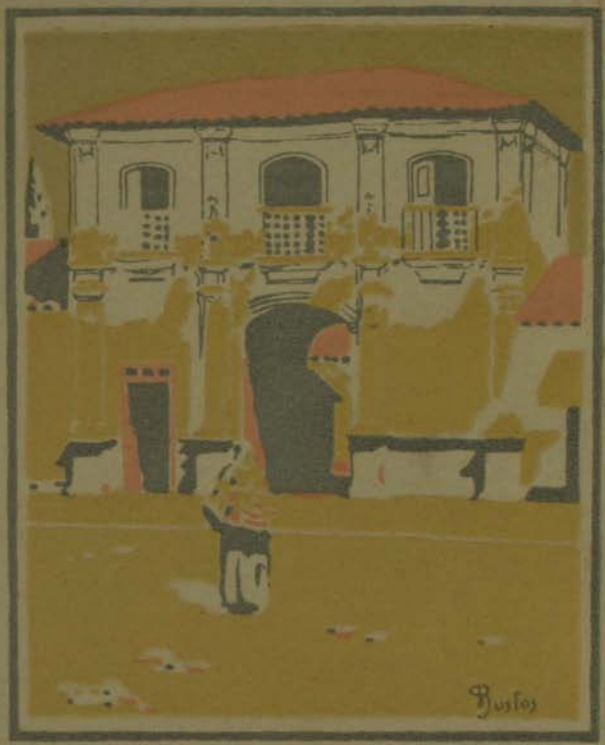
REVISTA



DE ARTES Y LETRAS

Año II.—N.º 2. 1.º de Marzo de 1918.

Casa Colonial, Avenida de la Recoleta, Santiago

Gouache del Sr. Alfredo Bustos

Ediciones de ARTES Y LETRAS

CRÍTICA

BREVIARIO LÍRICO. — *Humberto Bórquez Solar.*—Santiago, 1917.— Uno de los pocos méritos que Max Nordau reconoce a los poetas decadentes es el tino o la gracia con que han titulado sus libros. Antes, las recopilaciones de versos se llamaban «Poesías», «Armonías», etc.; hoy tienen nombres sugestivos y hermosos, nombres que abren lejanías, desparraman flores o sugieren estados morales que, a veces, distan mucho de los cantados por el poeta... El título de los libros de versos ha llegado a ser, así, una bella mentira más.

El de la obra del señor Bórquez, a pesar de las sospechas que despierta por su similitud con los que han tomado, sin estricta propiedad, su nombre de lo cultual o litúrgico,— «Ritos», «Prosas», «Salmos»,—está justificado por la unidad de tendencia de las composiciones que agrupa: «Oraciones», «Palabras Santas».

Es, en realidad, un breviario, pero laico, un libro que contiene los rezos no de todo el año únicamente, como el de los eclesiásticos, sino de todas las edades del hombre, y no de los dirigidos a una divinidad única, sino a la tierra, a la luz, a la verdad, a cuanto es digno de ser alabado por su bondad o belleza.

El libro empieza con un «Pórtico», cuatro páginas de prosa que son una declaración de los principios estéticos del poeta, y que nos parecen superfluas. Es peligroso para el escritor confesar su credo de belleza, porque puede sucederle, como ha sucedido a tantos, que sus obras no encuadren bien en su fe, y además, porque todo credo se presta a réplicas, a refutaciones demoledoras que, en los libros de versos, turban la serenidad con que el espíritu del lector ha de oir los cantos del poeta.

Así, cuando el señor Bórquez dice: «El arte es el culto de la Belleza», negamos en silencio su afirmación, porque sabemos que se puede rendir culto a lo bello sin hacer obra de arte, como al admirar, por ejemplo, una estatua; y que, por lo demás, es vano el intento de definir en una frase lo que hasta hoy no ha podido ser definido, en forma concluyente y clara, por ningún libro.

El arte, como la poesía, no se puede definir con palabras sino con obras. Vale, más, para el caso, el «¡Poesía eres tú!» de Becquer, que el admirable ensayo de Leigh Hunt.

Pero si no aplaudimos al esteta, aplaudimos, y muy sinceramente, al poeta. El señor Bórquez es un espíritu sano, un corazón generoso. Escribe porque necesita expresar sus ansiedades morales, su amor al bien, a la verdad, a la justicia, a cuanto es luz y alegría. Tiene algo de Walt Whitman, no en la energía, ni el enmarañado agrupamiento de los versos, sino en el tono y en la tendencia de su poesía, enaltecedora tanto de las virtudes del espíritu, como de las bellezas de la tierra.

Los críticos que condenan un libro por sus incorrecciones lexicográficas o sintácticas, así sean tres o cuatro,

condenarían este breviario por sus descuidos métricos. Tal vez por el hábito de leer versos franceses modernos,—ni los clásicos ni el mismo Hugo usaron de esta libertad,—el señor Bórquez termina, a veces, el primer hemistiquio de sus alejandrinos españoles con una preposición monosilábica que, al unirse por sinalefa a la palabra que la precede, la alarga en forma irregular, destruyendo así la perfecta euritmia del verso. Pero esto, que es apenas un descuido o falta de exquisitez auditiva, no mengua el mérito de la obra del señor Bórquez.

La sinceridad y la dulzura de su voz lírica dan a casi todas sus composiciones un carácter de elevada enseñanza moral, algo que suele llegar a lo didáctico, pero que no las hace perder nada de la poesía que encierran, porque, además de su pureza, se nota en ellas un noble afán por ser claro y armonioso, lo que es mucho aquí, donde van dominando, por la comodidad de la factura, el verso libérrimo, y por sus apariencias de misticismo o de profundidad filosófica, el verso esotérico.

M. L. R.

MOTIVOS.—*Mariano Sarratea Prats.*—Linares 1917.

El señor Sarratea es un poeta delicado, que dice sus loas a la belleza, sus gratitudes y sus visiones con voz amargada por la experiencia de su corta vida. Desde el primer momento se advierte que su espíritu está herido de desengaños. Sus entusiasmos son melancólicos, carecen de la fe arrebatadora y ciega que anima generalmente a los jóvenes. Esto da a sus versos ese no sé qué de desconsolado que tienen las alegrías y las vehemencias de los que van descendiendo la colina de la vida; pero si no tienen ninguna de las sagradas exageraciones que brotan de los labios aromados de primavera, tienen, en cambio, acentos de verdadera tristeza y de dolores ciertos.

El señor Sarratea no finge. Dice lo que siente y quiere, como puede, con voz insegura, a veces, pero propia. No imita ni actitudes ni acentos ajenos. Su misma falta de personalidad resulta así un mérito. Entre los célebres, parece decirnos el señor Sarratea, no soy nadie: mi arte es casi nulo, pero lo que digo, interesante o nó, es mío, vivido o imaginado por mí.

Por eso lo hemos leído con el agrado de quien oye las confidencias de un amigo, de alguien que se sienta a nuestro lado, nos mira con mirada clara y nos habla sencillamente, sin más preocupación que decir la verdad y de hacernos sentir toda su amargura. Y esto, que parece lo más sencillo, es sin embargo, el camino del arte verdadero. Cuando el estro del señor Sarratea se afine y adiestre, nos dará, de seguro, versos de mucho más valor que los que andan por ahí simulando, a orillas del Mapocho, las exquisiteces espirituales que florecen a las orillas del Sena...

M. L. R.

DESDE LO ALTO.—*Gustavo Balmaceda Valdés.*

Hace unos diez años, las buenas sociedades de la capital y la del vecino puerto de Valparaíso, se vieron conmovidas por un suceso que mucho tenía de idilio y no poco de drama en germen.

Era el caso de que el joven Gustavo Balmaceda Valdés, sobrino del presidente que lleva su apellido, se había enamorado perdidamente de una preciosa niña de Viña Mar, la señorita Teresa Wilms Montt. Todo el mundo siguió con ojos conmovidos u hostiles a la gentil pareja que paseó sus nostalgias y sus ilusiones por las playas del aristocrático balneario. Hubo oposición de parte de las familias de él y de ella. ¿Por qué? No sabría explicármelo: pero la verdad es que secuestraron a la niña y prohibieron al joven que pisara la casa de su amada. ¡Qué error de los padres! Era la época de los veinte años floridos, la época del romanticismo y de la ebullición ardiente de la sangre juvenil. Lo natural fué lo que ocurrió. Lejos de separarse, los

amantes se juraron eterno amor y persistieron en su propósito con tal empeño, que las familias hubieron de inclinar la cabeza y consentir en los desposorios.

Terminado el idilio, viene el comienzo del drama. Pasado los momentos de pasión y calmada la efervescencia de los primeros besos, vinieron las desavenencias entre los recién casados. Había incompatibilidad de caracteres. Él era un soñador empedernido que buscaba la tibieza del hogar, la ternura y el afecto íntimos. Ella era una cabecita loca, de ideas originales, corazón de bohemia que nada ahonda y pasa por la vida como un pajarillo hermoso que en ninguna rama se detiene. A las desavenencias siguieron los altercados y a estos los enfriamientos. Ella, intelectual empapada en teorías disolventes, ansiosa de escenario en donde exhibir su innata teatralidad, buscó, curiosa y alocada, sensaciones nuevas en el éter, la morfina y el amor. Llegó en este sentido a cometer absurdos y concluyó por realizar la falta que ningún hombre perdona. «¡Curiosidad, curiosidad, ley de la vida!», era su frase favorita. Sus extravagancias fueron poco a poco conocidas por el público. Se murmuraba de ella y se culpaba al marido de no refrenar a su mujer. Y cuando la falta aleve se cometió en un instante de locura, y cuando el marido, por una fatal casualidad, se dió cuenta del abominable delito, se levantó un clamor unánime en contra del marido a quien se le creía cómplice abominable y usufructuador de la perdición de su mujer. Y el pobre muchacho, aparte de ver destronada la felicidad de su hogar, supo un día que el mundo lo consideraba un criminal. Creyó volverse loco. Pensó en matar. Pensó en el suicidio. Pero vaciló un instante y esa vacilación fué su ruina. Lo envolvieron los suaves brazos de Dalila,—siempre hay Dalilas en este mundo,—perdió sus fuerzas y los enemigos lo encadenaron, lo lapidaron en vida con el formidable peso del desprecio. ¡La quería demasiado!

¡La quería demasiado! Ese es todo el delito de Gustavo Balmaceda. La perdonó; vivieron juntos de nuevo. Él esperaba una regeneración ¡qué sé yo! Pobre muchacho: estaba perdido. El mundo a una voz lo señaló como un caso de degeneración lamentable. Poco después, la joven de esta narración, sorprendida en nuevos delitos por su propio marido, fué recluída en una casa de corrección de donde su fugó para emprender el vuelo a países remotos.

Esa es la historia triste y desolada de Gustavo Balmaceda Valdés. Despreciado por la gente de su clase, vagó por las ciudades como un paria del sentimiento, sin honor, sin sonrisas paternales, orgulloso de su soledad, sintiendo por doquiera la viscosa sensación de la calumnia y de la injusticia.

Pero en un momento de energía y de lucidez Gustavo Balmaceda pensó en su apellido ilustre, en que tenía dos hijas, dos retoños de su alma a quien legar un recuerdo de pureza y de honradez, y, desencantado y altivo, escribió un libro admirable: *Desde lo Alto.*

En este libro escrito con lágrimas contenidas y con sangre de martirio, se expone en lógica irrefutable la vida del propio autor. Es una obra de vindicación. En nuestro país no hay tribunales que laven las injustas manchas de lodo que arroja el escándalo sobre los seres. No queda otro camino que matar a la manera primitiva o resignarse a la muerte moral. Gustavo Balmaceda ha dicho: ¡Nó! Y se sacudió el fardo oneroso con un violento y desesperado esfuerzo.

¿Merece vituperio el gesto de Gustavo Balmaceda? No falta quien así lo crea.

Pero nosotros le decimos: Gustavo Balmaceda: ¡Resurrexit! Una nueva vida comienza para ti. La luz se ha hecho; naces de nuevo para el mundo como hombre y como fuerza en el campo de las ideas y del arte. Porque eres un artista. El hombre que sabe arrancar fibras de su propio corazón con las tenazas de la sinceridad es siempre un artista.